

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Yacabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

EL LIBRO DE LA VIDA.

Jesucristo crucificado: hé aquí el libro de la vida, en el cual pueden leer y aprender los idiotas como los sábios, los rústicos como los literatos. Ese libro contiene *la ley abreviada* porque Jesús crucificado consumó la perfección de la ley, cumplió las profecías, y las promesas que Dios había hecho al género humano. En ese libro divino, el que quiera aprender, aprenderá las revelaciones divinas, y los secretos de la ciencia que ilumina los caminos del cielo. San Bernardo lumbrera del mundo sábio, y San Francisco, maestro consumado de los Santos, en ese libro divino aprendieron la sublime sabiduría con que han edificado al mundo. San Pablo decia á los Corintios:

«Yo no he creído saber algo entre vosotros sino á Cristo Jesús y este crucificado (1).» Y esta es la ciencia que predicaba, como él mismo lo testifica, diciendo: «Predicamos á Cristo Crucificado.» Lejos de mí, es el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo por el cual el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo (2). Como si dijera: Gloriense los avaros en el oro segun se lee en el régio vate: *In multitudine divitarum suarum gloriantur*; gloriense los reyes en su poderío como el rey de los Medos, del cual se dice en el libro de Judit: *Gloriabatur in potentia sua quasi potens* (3). Gloriense los caudillos en su valor,

1 Ad. Cor. II.

2 Ad. Gal. VI.

3 Judith. I.

y en sus armas, de los cuales se lee en el mismo libro: *Gloriantur milites in sagittis et lance* (1). Gloríense los malos en su malicia, los libertinos en sus disoluciones, los mundanos en sus festines, los incrédulos en sus sofismas, los impíos en sus ódios anticristianos, los políticos anticatólicos en sus victorias contra la Iglesia; yo me gloriaré en la Cruz de mi Señor Jesucristo.

La Cruz que primero había sido el patíbulo de los criminales, desde que en ella murió Jesucristo, comenzó á brillar en la frente de los emperadores, como dice San Agustín. Subió Jesucristo á los brazos de la Cruz, hizo de ella el instrumento de la redención, la fuente de la gracia, el árbol de la nueva vida, la bandera del progreso, la libertad del esclavo, el sol de la civilización universal, y desde entonces ella es nuestra salud, nuestra vida, y nuestra gloria.

Por el signo de la Cruz que el Emperador Constantino llevaba en su diestra, y al frente de sus ejércitos, alcanzó ruidosa victoria contra su competidor Magencio y sus aguerridas falanges. En el libro de la Cruz aprendieron los reyes la ciencia del gobierno

y los pueblos los deberes sociales. En él aprendieron los Confesores su ciencia maravillosa, los Doctores su portentosa sabiduría, los apologistas su vigorosa argumentación, los mártires su heroico valor, los santos su eminente santidad, los artistas sus concepciones sublimes, los poetas sus ideales purísimos, los oradores la solidez de sus pensamientos, la elevación de sus ideas, la riqueza de su fantasía, la unción y suavidad de su lenguaje, el arte sublime de conquistar por medio de su mágica elocuencia el imperio de las almas.

¿ME SALVARÉ?

Conviene la solución de este problema. Porque ignorando todos los problemas y sus verdaderas soluciones, podría ser muy sábio y eternamente dichoso, pero sino sé salvarme, sino me aplico á este negocio supremo, sino doy con la solución de este enigma, seré el mas necio de los hombres. ¿Me salvaré? ¿qué me aprovecharían todas las ciencias humanas sin esta ciencia divina? ¿Qué adelantaría con poseer muchas riquezas, y ganar todo el mundo si pierdo mi alma? ¿Me salvaré? Si me salvo, seré el mas sábio entre los sábios; si me con-

1 Ibid. IX.

deno seré el mas nécio entre los nécios. *Stultissimus sum virorum.* Si me salvo, seré el mas rico de los hombres porque todo lo habré ganado; si me condeno, seré el mas desgraciado de los mortales porque todo lo habré perdido. ¿Me salvaré? Muchos son los que ni aun piensan una sola vez en este problema; y muchos tambien los que piensan en él, pero son pocos los que estudian la solucion. ¿Te salvarás, lector amado? Espera, ora, medita, y yo, meditando, estudiando y orando, daré con la solucion que te prometo publicar en el número próximo de EL BOLETIN DOMINICAL.

Z. M.

El suceso de la lámpara.

El suceso que voy á referir es tan verídico, que ni yo mismo lo creyera, á no haberlo descifrado, sobre las amarillentas hojas de esos viejos cronicones, forrados de pergamino, en que andan escritos tantos hechos de aquellos tiempos viejos.

Allá por los comienzos del siglo XV, la villa de Medina de Rioseco era una de las mas importantes de los reinos de Leon y Castilla.

Enclavada en medio de Leon y Burgos, antiguas córtes de reyes y muy inmediatas á Valladolid, córte, á la sazón, de Castilla, Medina encerraba en sus muros muchas de las mas linajudas fa-

miliars de la nobleza castellana y se gloriaba de contar entre sus vecinos los mas esclarecidos blasones.

La piedad religiosa que por aquel tiempo era mucha, daba por todo el reino muestras de fervor en los conventos é iglesias que por donde quiera se alzaban. En la villa de Medina tambien los habia en buen número, distinguiéndose entre ellos el magnifico templo edificado para gloria del seráfico San Francisco.

En este templo tenia el culto católico sus mas esplendorosas manifestaciones: aquel era el preferido por la devocion de las altivas ricas-hembras castellanas, las cuales solo allí doblaban sus frentes, humillándolas á impulsos de verdadero amor cristiano á los piés del Crucifijo.

Vivia por aquellos tiempos en su casa solariega de anchos portales y sólidos muros un magnate tan poderoso como el almirante Henriquez, de quien se dice que disputó al célebre D. Alvaro de Luna, la privanza en la córte de Castilla.

Casó el almirante Henriquez con dama de tan famosa estirpe como doña Marina de Ayala, y fruto de aquel matrimonio fué una niña, á quien pusieron el nombre de Juana, y á la cual educaba la altiva dama con el orgullo y la satisfaccion de amor propio de quien vé representados dignamente todos los méritos y virtudes en el fruto de sus entrañas.

Comenzaba el año de 1436 cuando ocurrió este hecho que apunta las crónicas.

El día 13 de Enero de dicho año (por estos dias que corren se cumplen 454 años), la rica-hembra doña Marina de

Ayala, salía acompañada de su hija doña Juana, con dirección al templo de San Francisco, á rogar á Dios por la vida del almirante comprometido en tremendas empresas allá en tierra de moros.

Segun lo describe el cronista, doña Juana, niña aún, pues apenas entraba en la adolescencia, llamaba la atención á su paso por las calles de la villa por su peregrina hermosura, realzada por la riqueza y maravilla de sus galas. Vestía saya de terciopelo azul labrado con fondo de plata y guarnecido con franjas de brocado; adornábanla valiosas joyas y maravillaba ver cómo lucía con el donaire y altivez de una reina, aquella diadema rica que llevaba en su cabecita, la misma que luciera su madre en la noche de sus bodas, y que por complacencia maternal alcanzó el capricho de la niña.

Llegaron madre é hija al convento de San Francisco y penetraron en el templo á cumplir sus devociones: atribulada doña Marina por la ausencia de su esposo, ufana y orgullosa la gentil doncella por llevar á lucir el rico traje con que se engalanaba.

No se halla por parte alguna especificado, cómo fué que estando cerca del altar mayor las dos damas, de la lámpara que ardía constantemente en el presbiterio cayó sobre la niña parte del aceite con que se alimentaba y manchó los ricos vestidos.

Turbóse la niña y quedó confusa ante aquel irremediable daño; y al ver perdida su saya, rompió á llorar con amargo desconsuelo.

Era dama tan piadosa como discreta doña Marina de Ayala. Tal vez á ella le

dijo su corazón que aquel acontecimiento no era pura casualidad, sino designio del cielo; tal vez le inspiró la idea el cariño maternal; pero es lo cierto que consoló á su hija indicándole que la voluntad divina ungió su cabeza con el aceite bendito, en prediccion de haberla elegido para que fuese reina.

Abandonaron el templo las damas; divulgóse el hecho por toda la villa, tomándose nota de las palabras de doña Marina, las cuales por la fama de su virtud ejemplar, todo el mundo aceptó como dichas por boca de profeta; los diligentes cronistas apuntaron el hecho, y se dejó correr el tiempo.

Pasaron los años; creció y se desarrolló doña Juana, siendo la mas hermosa doncella de Castilla; la fama de sus virtudes corrió lenguas juntamente con la de su hermosura.

Todos los que achacaran á pura casualidad el suceso de la lámpara del convento de San Francisco, creyeron en las predicciones cuando cundió por la villa de Medina la noticia de que doña Juana de Henriquez iba á ser reina.

Cumplióse el presentimiento de la madre: el primero de Setiembre de 1444 casó doña Juana con D. Juan II, rey de Navarra, viudo hacia dos años de la reina Blanca, madre del infortunado príncipe D. Carlos de Viana.

El 10 de Marzo de 1452 dió á luz doña Juana, en Sós, lugar de Aragon, un infante que se llamó, Fernando. Celebróse con tales fiestas y regocijos este nacimiento, que el príncipe de Viana, malquistado ya con su padre, se lamentaba de aquéllos festejos como si el que había

dado á luz su madrastra, fuese el primogénito y no él.

A aquel infante, que tenia reservada la alta mision de clavar el estandarte de la cruz en las pintorescas torres de la Alhambra, último baluarte de la morisma, la historia le dio el nombre de *Fernando el Católico*.

Tal es el suceso que cuentan los cronicones.

M. GUTIERREZ.

Una curacion milagrosa.

Persona que conoce al sujeto en quien la Providencia ha hecho manifestacion de su divina gracia y de su poder omnipotente, nos ha referido el siguiente caso, que rectificaremos ó ampliaremos si es necesario:

Parece ser que un caballero belga de nacion, oficial de aquel ejército y agregado mas tarde á una embajada, jóven de licenciosas costumbres y falto de toda creencia religiosa, adquirió una terrible enfermedad que le obligó á abandonar la carrera militar y diplomática en que servia, para atender al cuidado de su enfermedad que amenazaba ser incurable.

El jóven belga apuró todos los recursos de la ciencia médica sin resultado alguno, y la enfermedad haciéndose crónica, colocó al paciente en la mas aflictiva situacion á que puede quedar reducido hombre alguno. Paralítico de cuerpo y alma el desdichado paciente, veia acercarse la muerte acompañada de indescriptibles tormentos.

Conociendo que la ciencia era impo-

tente para curar su terrible dolencia, el enfermo determinó buscar un clima templado y al efecto se dirigió á España en persecucion de lo que apetecia como última esperanza en su triste existencia, fijándose en la provincia de Guipúzcoa.

Paseando un dia en coche por Tolosa en compañía de un amigo tan descreído como él, el jóven belga vió morir de repente á su amigo y acibaradas doblemente sus penas por esta inesperada circunstancia.

En aquel momento acertó á pasar un respetable sacerdote de las Escuelas Pías, el cual entabló conversacion con el acojido paralítico extranjero, y bien sea porque así Dios lo tenia decretado, ó bien porque las palabras del sacerdote resonasen en su corazon necesitado de eficaz consuelo con motivo del funesto suceso, el jóven belga habló al sacerdote de su enfermedad de alma y cuerpo y del motivo que le obligaba á residir en España.

Trató el sacerdote de aliviar aquel grande infortunio con palabras cariñosas y saludables consejos y despues de larga y sincera explicacion, el enfermo aceptó la proposicion del sacerdote de pasar unos dias á su lado en el Colegio que los hijos de San José de Calasanz tienen establecido en Tolosa.

Establecióse en él el paralítico, y sinfiendo á los pocos dias transformada su alma por los solícitos cuidados y dulces palabras del sacerdote, determinó hacer una novena á San José de Calasanz. Pidió á este santo la salud con fervientes oraciones y abundantes lágrimas, y al terminar el dia noveno encontróse el en-

fermo notablemente aliviado de su pertinaz parálisis que inútilmente había tratado la ciencia de combatir hasta entonces.

Pasaron unos días y el enfermo se halló completamente curado, y agradecido entonces á la intercesión de San José de Calasanz resolvió ir en peregrinación á Peralta de la Sal, pueblo de este reino de Aragón que tiene la dicha de ser cuna del santo fundador de las Escuelas Pías.

Descalzo y pidiendo limosna emprendió hará quince días próximamente el joven belga su santa ruta, y ni las molestias de un largo camino, ni el frío de la estación, ni el estado de sus pies abiertos y llagados por la dureza del terreno, le han hecho desistir del cumplimiento de un voto inspirado por la gratitud mas tierna.

El caballero belga curado de cuerpo y alma, está ahora cumpliendo fielmente su promesa. Varias son las personas que le han visto y hablado á su paso por Zaragoza y á todas ha hecho relación sincera y franca del milagro que en él ha obrado la Providencia de Dios por intercesión de San José de Calasanz.

Bendita sea la religion católica que tiene intercesores tan poderosos en el cielo cuando el hombre acude á Dios con lágrimas de arrepentimiento y con oraciones que brotan del fondo de su corazón.

Tal es la relación del milagro ocurrido en la Ciudad de Tolosa tres meses hace merced á los consejos de un virtuoso hijo de San José de Calasanz y á la infinita misericordia de Aquel que tiene en su mano la salud y la vida de los hombres.

No publicamos el nombre del favoreci-

do con las mercedes de la Providencia ni el del respetable sacerdote á quien aquel debió sus primeros consuelos, porque no estamos autorizados para hacerlo, pero conste que el hecho es cierto y que el favorecido no ha ocultado á quien le ha querido oír su profundo agradecimiento y los pormenores de su curación milagrosa, durante su corta permanencia en esta ciudad, desde donde partió ayer con dirección al pueblo de Peralta de la Sal.

Dios acompañe en su viaje al agradecido peregrino.

Médicos y milagros.

Si es cierto que el mayor enemigo de cada ciudadano es el de su propio oficio, como reza el proverbio, también debe serlo que la gente mas interesada en dudar de los milagros es la benemérita clase facultativa, la cual suele sonreír en oyendo hablar de novenas y de velas encendidas, por lo que semejantes recursos ponen en tela de juicio su competencia y su saber.

Y, sin embargo, médicos son y tienen que ser los que dan fé en la averiguación de los verdaderos milagros. Y de médicos se compone la *oficina de averiguación* de milagros que constantemente funciona en la Gruta de Lourdes.

En ella se hace una información sobre cada milagro, con todas las formalidades deseables y por hombres competentes. El doctor de Saint-Maclou procede al estudio de los hechos, y lejos de buscar el misterio y huir el exámen, invita amable y tenazmente á sus colegas á que

le ayuden: así ha formado una clínica interesantísima. En la última romería de Agosto veíanse á su lado estudiantes de medicina de París y Nancy, y varios médicos notables de provincias. A la sazón habia en Lourdes cerca de mil enfermos llegados de todos los puntos de Francia, cada uno de los cuales era portador del certificado del correspondiente facultativo, atestigüando el estado de la enfermedad, duracion y tratamiento seguido.

Con semejantes datos, y designando á cada enfermo con su número respectivo, es fácil estudiar, inquirir y comparar. Cuando por ejemplo se trata de una anquilosis ó una llaga, se averigua la causa, naturaleza y mejoría en las funciones del miembro; se procura por medio de un estilete abrir los trayectos fistulosos cerrados y llegar hasta los focos, hasta los huesos cariados.

Concluido el exámen, los médicos se guardan muy bien de proclamar la curacion como el vulgo: saben que allá no tienen mas que los primeros datos del problema y que los demás están por averiguar. Una vez vuelto el enfermo á su pueblo, debe hacer certificar por su propio médico la mejoría ó cambios ocurridos en su padecimiento, y remitir el certificado á Lourdes, donde lo reúnen á su expediente. Pasan tres meses, seis meses; nuevo exámen, nuevos certificados legalizados. Entonces queda concluido el procedimiento, pero el médico de Lourdes no añade tampoco ninguna consecuencia á esta informacion.

Otros médicos, que no conocen ni á los enfermos ni á los informantes, se en-

cargarán de consignar lo que arroje el expediente. Frecuentemente los mas crédulos, sin esperar el resultado de la informacion, tienen que rendirse á la evidencia, y mas de un caso pudiéramos citar en que el médico se ha convertido, abierto los ojos á la fé y muerto cristianamente despues de uno de estos milagros.

Siéndonos imposible referir en pocas líneas los muy notables que últimamente han llamado la atencion, narraremos brevemente el mas conspicuo de todos, el de la aguja.

Siete años há que una jóven llamada Celestina Dubois se introdujo una aguja en la mano. No habiéndosele podido sacar, la mano se le puso hinchada y dolorosa, rigidos los dedos, contraidos los tendenes, sensibles los nervios. Varias tentativas inútiles habian hecho los médicos para extraerle aquel cuerpo extraño, y al partir la enferma de París declararon que éste se hallaba en el hueso de la mano. Con la presion se conocia el sitio, y por una reciente incision veíase confirmado el hecho.

Apenas introdujo la enferma su mano en la piscina de Lourdes sintió pesadez seguida de violento dolor. Una amiga que le acompañaba le mantuvo la mano en el agua, y ¡cuál no fué su estupefaccion al ver que los dedos hasta entonces cerrados se abren, y que sacada la mano del agua, la aguja empieza á salir por la extremidad del dedo pulgar!

En pocos minutos la aguja habia corrido sola seis centímetros de camino. No hubo mas que agarrarla de la punta y sacarla sin dificultad. La mano ha que-

dado completamente curada, sin dolores ni inflamación, y funciona como si jamás hubiera dejado de maniobrar. Los médicos *inquisidores* de milagros confiesan que este es uno de los más asombrosos.

Y cuenta que el *Journal de Lourdes* refiere hasta once, todos ellos examinados, contrastados y calificados de notabilísimos por el escrupuloso sistema que acabamos de bosquejar.

(*La Hormiga de Oro.*)

HOJAS DE UN LIBRO.

EL RICO Y EL POBRE.

El cielo es el descanso, la tierra es el trabajo; el pobre que trabaja, sufre y nada posee en la tierra, es el peregrino que se purifica lavándose en el Jordán de los padecimientos, cuyas márgenes o riberas son de resignación, conquista de esta manera su sitio y asiento en el cielo. Si ve al rico en medio de la abundancia y considera sus riquezas como nada mundanales, y le compadece en vez de envidiarle, viendo en él a su hermano, tendrá a Dios por padre.

El rico que posee mucho, pero que mirando a Dios como el dispensador de todo bien, vea en las riquezas el medio de favorecer al pobre, atendiéndole en sus necesidades materiales, acompañándole y guiándole por los estrechos linderos de la vida para que no caiga en los vicios, el rico, podrá aumentar su herencia celestial por la caridad y la abnegación. Ambos son hijos de Dios: pues antes de que se reúnan en el seno de su padre, sean en este mundo el dechado de cristianos, y con buenos y malos gobiernos,

con dichas ó desgracias, con hambre y hartura, con lágrimas y alegrías, vean en la tierra a pesar del trabajo el primer peldaño de la mística escala que lleve al cielo a todos.

Pobres y ricos que seguís la senda opuesta, si ricos dominados por la avaricia y la soberbia, atesoráis en la tierra no dando nada a vuestros hermanos, si pobres tratáis de quitárselo, y la envidia y el deseo de goces, os arman contra el rico, pobres y ricos, pensadlo, ensancharéis el infierno, que subirá hasta la tierra; así en el primer caso la tierra es primer escalón del cielo, y del infierno en el segundo.

En los jardines del Vaticano han comenzado ya las obras de la gran Exposición para celebrar el Jubileo Sacerdotal de Leon XIII. El sitio es la plaza de Pigna, en donde se eleva el monumento conmemorativo del último Concilio.

Comienzan a llegar al Vaticano los presentes destinados a conmemorar el Jubileo Sacerdotal de Leon XIII y la Comisión creada para recibirlos, presidida por el Cardenal Schaffno, está muy satisfecha de las noticias que recibe de toda la cristiandad acerca del número y calidad de dichos presentes.

